

## Las Máquinas de Envite

El juego de envite está entre nosotros prohibido. La ley preserva así la economía popular, pues impide la proliferación de un vicio cuyos efectos, según ejemplos ajenos, son siempre socialmente nocivos. Salvo las carreras de caballos, que disposiciones especiales regulan, en el Perú el juego está perseguido. Esto en la letra, ya que en la realidad la cosa es distinta. Aparte de la burla clandestina de la ley, hay otra forma pública y desembozada de escamotearla. ¿Quién no ha visto esos establecimientos, de funcionamiento diurno y nocturno, en donde bajo el aparente aspecto de una inocente máquina se oculta prácticamente una mesa de juego? El fulbito, el tiro al blanco, las billas, etc., son la vestimenta de estos mecanismos que devoran el dinero del pueblo, inspirando a la gente la obsesión de ganar partidas contra los obstáculos que el aparato de suyo opone a tal propósito.

Las hay en todos los barrios y aun en el centro, y a lo que parece se multiplican extraordinariamente. Al paso, el cronista a visto estas verdaderas casas de juego en la calle de la Amargura, en la de Huérfanos, en el Paseo de la República —cerca de la Plaza México—, en Emilio Fernández, en la Avenida 28 de Julio, etc. Basta atisbar el interior de dichos locales para verificar que los parroquianos son muchachos de origen humilde, jóvenes obreros, personas cuyo presupuesto, por su precariedad, sucumbe al menor exceso. Claro que esos negocios advierten que el ingreso está vedado a los menores de edad, pero lo cierto es que su público está compuesto en su mayoría por adolescentes. Los artefactos devoran monedas y, en cambio, procuran una emoción tonta. No es ni siquiera el billar, que exige una habilidad especial, un equilibrio y un sentido casi matemático de los movimientos de las bolas. Es simplemente el azar el que prevalece en tales aparatos cuyos fabricantes, como es lógico, han hecho tan difíciles de vencer como feos en su decoración. El veneno va por partida doble.

Claro que esto se relaciona con la escandalosa falta de entretenimientos de que padece la juventud local, pero es responsabilidad también de las autoridades que han permitido, con una blandura conmovedora, la creación de estos verdaderos antros a todo lo largo del área de la ciudad. El cronista invita a esas autoridades, y a los maestros, sacerdotes y personas interesadas en la salud moral de nuestro pueblo, a visitar y observar esos sitios en donde, bajo el pretexto de la diversión sencilla, se lleva a nuestro pueblo a la dilapidación, a la hipnosis, al adormecimiento moral, formas todas de la miseria. Y los invita también a dar su opinión al respecto.